

Carmen ABAD ZARDOYA, *Lujos de comodidad. Léxico del espacio doméstico en las fuentes notariales del siglo XVIII*, Gijón, Ediciones Trea, 2023, 334 págs.

Una de las mayores dificultades afrontadas por cualquier especialista al aproximarse a la cultura material del espacio doméstico en el pasado es afrontar la recuperación de unos objetos de los que, en demasiadas ocasiones, solo conservamos su mención a través de inventarios y otras relaciones de bienes procedentes de cartas de dote, capitulaciones matrimoniales o testamentos. La lectura de este tipo de fuentes notariales conlleva la identificación de una terminología frecuentemente escurridiza: a la altísima carencia de vestigios materiales se suma la variación de denominaciones y usos, la distinta forma de nombrar

las cosas de tasadores, escribientes y notarios o las diferencias que existen entre unos lugares y otros al referirse a un mismo bien. Aunque es cierto que las horas de lectura en el archivo llevan al investigador a aprender forzosamente el léxico de este universo de objetos y escenarios —descubriendo al mismo tiempo los desplazamientos semánticos de las palabras, así como sus sinonimias y polisemias—, no es habitual que ese capital de conocimiento pase de ser algo más que unas notas de trabajo de uso personal. Por ese motivo se debe subrayar la generosidad de quien es capaz de convertir todo ello en un utilísimo glosario de referencia destinado a otros especialistas, estudiosos e interesados en la historia de la casa, como sucede en la última obra de Carmen Abad Zardoya.



*Lujos de comodidad* puede comprenderse como uno de esos «libros que nacen dentro de otros libros, por pura y simple necesidad», pues según su autora fue fruto de una inevitable familiarización con el lenguaje de la casa que se remonta a la etapa más temprana de su trayectoria investigadora. Sin embargo, apenas se inicia la lectura se descubre que esta obra es mucho más que una recopilación de términos en forma de diccionario. Sus páginas nos llevan en realidad a comprender la forma de concebir el estudio del ajuar de la casa en el siglo XVIII desde la mirada de una especialista que siempre ha demostrado una exquisita precisión en el uso de las voces del pasado, pero también en el empleo de los conceptos necesarios para abordar su estudio en el presente. Estas dos cualidades definen la calidad e interés de las dos partes que conforman la obra: en primer lugar, un sugerente ensayo que invita a conocer las claves que definieron el contexto del hogar dieciochesco en comparación con otros períodos de la Edad Moderna; en segundo lugar, el glosario propiamente dicho, alimentado por la relación de términos apuntados en los protocolos notariales visitados por la autora en el transcurso de muchos años en los archivos de Zaragoza y Madrid, dos ciudades entonces conectadas por los caminos de la moda y del comercio que permiten tomar conciencia de las múltiples geografías del lenguaje de la casa en el pasado tan pronto nos movemos de unas regiones a otras.

La primera parte del libro explica cómo la casa del Setecientos experimentó una serie de cambios y transformaciones de calado que afectó no solo a la concepción, uso y habitabilidad de sus espacios, sino a la introducción de nuevos parámetros en materia de comodidad y confort, propiciando a su vez la presencia de toda clase de muebles y adornos representativos del estatus de sus habitantes gracias al creciente comercio de objetos de lujo y a la moda. Durante esta centuria, la casa también abrió sus puertas a las visitas de amigos y conocidos y se convirtió en consecuencia en uno de los escenarios centrales de la nueva sociabilidad de las costumbres y la moderna cultura de las apariencias, un fenómeno del que participaron distintas capas de la sociedad en función de su poder adquisitivo y distinción social. Todas estas cuestiones aparecen articuladas en torno a tres variables de estudio interrelacionadas, que conforman a su vez capítulos independientes sobre las ideas del lujo, la comodidad y la iluminación.

En «Los apellidos del lujo», Abad Zardoya explora el fenómeno que más trascendencia tuvo en los debates de la opinión pública del periodo como expresión de la civilización refinada de las costumbres y la nueva cultura de las apariencias, dando una panorámica amplia sobre las diversas fórmulas que adoptó el lujo en el interior de los hogares bajo los dictados del buen gusto y de la moda, así como los desplazamientos producidos en la propia definición y percepción de los objetos suntuarios. Con una escritura ágil y amena, se van

alumbrando contextos, situaciones y circunstancias compartidos en la mayor parte de los hogares urbanos dieciochescos que anticipan en gran medida los rasgos de la sociedad de consumo que se expandiría en el mundo occidental desde la Revolución Industrial, abordando para ello los cambios habidos en la producción de manufacturas y el comercio. La autora pone en valor aquellas piezas, técnicas y productos que pese a haber sido desplazados historiográficamente en los cánones de la historia del arte, constituyeron en gran medida la realidad de gran parte de las casas. Entre los múltiples ejemplos, llama la atención la relevancia de los llamados bienes de *populujo*, esto es, versiones más asequibles de determinados productos y artículos exclusivos a la moda que tendían a ser producidos en serie con materiales y técnicas más económicos, así como las imitaciones de toda clase de objetos, soportes y acabados, desde el ámbito de la porcelana y las piezas de loza fina a la producción de estampas tratadas para parecer pinturas, el dorado de molduras y tallas, los acabados charolados en el mobiliario y pequeños artículos de madera o el empleo de jaspeados y papeles pintados para la simulación de determinados revestimientos.

Una de las fortalezas del libro es la capacidad de Abad Zardoya de aportar propuestas conceptuales que toman prestados enfoques, ideas o etiquetas propios de otros lugares y cronologías. Así sucede, por ejemplo, al pensar la centuria ilustrada desde la cultura de lo *kitsch*, por citar uno de los pasajes más estimulantes del ensayo, donde invita a abrir nuevos horizontes de estudio. Dejando de lado la imagen con la que se identificó esta estética dentro del hogar burgués decimonónico, muy diferente a la apariencia rococó de los interiores dieciochescos, la autora expone cómo en realidad se pueden detectar en este siglo muchos de sus rasgos y cualidades, como la tendencia al exceso y el derroche ornamental, la saturación y combinación de artículos de toda clase y condición o la aplicación de las citadas técnicas de imitación para alterar y falsear la materialidad real de los objetos. Una prueba, en definitiva, de las posibilidades que abre el hecho de pensar las prácticas del adorno doméstico desde una concepción cultural amplia, y que trasciende, entre otras cosas, la calidad estética que ha tendido a ocupar el centro de los discursos y relatos de la historia de las artes decorativas.

Bajo los mismos parámetros de estudio se concibe el capítulo «El siglo de la comodidad», donde se explica la evolución semántica que este término experimentó junto a la idea de confort en el contexto doméstico, una de las claves que definen la idea de la casa del siglo XVIII en relación con otros períodos del pasado. En su recorrido por el uso de la palabra, la autora desplaza de manera fluida el uso del término desde los tratados de arquitectura hasta su empleo en

el lenguaje común del usuario de la vivienda; una oportunidad de ver la transmisión de ideas que se dio en el contexto doméstico entre la especulación teórica y su experimentación práctica, como puede comprobarse al verse invocada la voz en otras fuentes documentales de la cotidianeidad como la prensa. La comodidad hacía alusión a todas aquellas condiciones materiales y físicas que facilitaban el bienestar de quienes habitaban la casa, lo que da pie a explorar aspectos de enorme relevancia y novedad en la época, como la progresiva sustitución de los cerramientos de celosía por los de vidrio: este cambio mejoró enormemente el confort de los hogares al propiciar luz natural en sus estancias, controlar la ventilación y las corrientes de aire o mantener el calor de las estancias durante el invierno y el frescor en verano. Para ello se articularon toda una serie de artíluguos y objetos que a la vez que mejoraban las condiciones de habitabilidad de los espacios, modernizaban la belleza y distinción de las estancias, fusionando adorno y utilidad en la concepción de un espacio que empezaba a percibir al sujeto en movimiento de una pieza a otra, evocando «una suerte de flâneur de interiores» atento a los estímulos sensoriales del espacio interior.

El ensayo se cierra con un último apartado reservado a «Los hogares esclarcidos», donde se pone sobre la mesa la cuestión de la iluminación: otro de los lujos de comodidad que afrontó la casa durante el siglo XVIII en su lucha contra la oscuridad. Como explica la autora a lo largo de estas páginas, las condiciones lumínicas dependieron de una constante experimentación en la mejora de artíluguos y materiales, siendo determinante al mismo tiempo la calidad de los materiales y la importancia de distinguir su composición o las cualidades de cada sistema en función de las necesidades del espacio. Una de las sorpresas de este tercer apartado es observar cómo la luz cobra materialidad al tomar conciencia de los distintos efectos que tenían las velas de cera blanca y de sebo en cuestión de olores, el uso que se hacía de determinados candiles alimentados de aceite vegetal según las piezas de la casa —de *garabato* en cocinas y dependencias de servicio o *velones de mechero* en salas y piezas de recibimiento—, por no hablar de las complejas operaciones que los miembros del servicio debían llevar a cabo para encender y apagar las luces, no exenta de riesgos. La luz artificial fue igualmente causa de numerosos problemas en la conservación de muebles, textiles y adornos de toda clase a causa del humo, otro de los epígrafes del libro donde se ponen de manifiesto nuevas maneras de afrontar la vida de los objetos en los interiores domésticos dieciochescos. Muestra de ello es la cuestión relativa a su limpieza y mantenimiento, que permite conocer la incesante aparición de remedios, invenciones, técnicas y profesionales que prometían devolver la apariencia original, así como el ingenio que contribuyó a mejorar la calidad de las llamas mediante el empleo de velones de pantalla, cornucopias y el uso de

los espejos para multiplicar la intensidad lumínica, un elemento que a su vez se convertía en símbolo de buen gusto, distinción y modernidad.

Si bien es cierto que el ensayo de la primera parte proporciona al lector un contexto donde comprender los términos recopilados en el glosario, la lectura de este último no deja de enriquecer el conocimiento de los escenarios donde se dispusieron los muebles, adornos y utensilios explicados, propiciando de este modo un camino de vuelta, pero ya desde la propia especificidad de los objetos y su semántica. Su consulta es un extraordinario complemento a los diccionarios y tesauros ya existentes sobre la materia para quien busca comprender el significado de un término, pero a poco que uno empieza a hojear sus páginas, se entrega a un placentero deambular por las palabras que habitaron las casas del siglo XVIII y, nuevamente, por la vida que dentro de ellas cobraron los objetos.

ÁLVARO MOLINA